

en representacion de su ciudad, y esperan vuestras órdenes despues de implorar vuestra misericordia, como hombres valientes que han cumplido con su deber como leales á su rey, pero que con la abnegacion de cristianos están dispuestos á todo, si no hallan clemencia en vuestro corazon.

El rey permaneció en silencio, mirando á aquellos desgraciados muy cruelmente, porque como hemos ya dicho, recordaba que en otro tiempo los de Calais habian hecho algunas atrevidas empresas, avasallando su pabellon por mar, y esto engendró en el pecho del monarca un odio grande á aquellos habitantes.

Una mirada de la reina hizo comprender al trovador que era llegado el momento de usar de su influencia, y mientras los infelices empapados en agua y tiritando de frio, se echaron á las reales plantas, juntando sus manos en ademan suplicante:

—Débora recorriendo las comarcas del Thabor y Rama y Bethel, exclamó Bertrand adelantándose hasta Eduardo, é inclinándose respetuosamente, ha cantado.

«Los de Israel, que espontáneamente espusisteis vuestras almas al peligro, bendecid al Señor.

»Se han salvado las reliquias del pueblo, el Señor combatió en los valientes.»

Ahora, rey de Inglaterra, haz como quieras.

La historia con sus trompas de oro te hará justicia en las generaciones venideras, apellidándote cruel, justiciero ó generoso.

—*Gentil* rey y *gentil* señor, prorumpió Eustaquio de Saint Pierre, el primero de los de Calais, permaneciendo como sus cinco compañeros de hinojos; aquí nos teneis á vuestra disposicion, prontos á sacrificarnos por nuestros conciudadanos, y confiando solo en vuestra clemencia, digna seguramente de vuestro alto nacimiento y de vuestro arrojo y valentía como guerrero.

La sorpresa y el sentimiento mas vivo se habian pintado en todos los semblantes, y todas las miradas vagaban alternativamente del rey á aquellos infelices.

La reina lloraba, escitando el respeto y las simpatías de todos los circunstantes, condes, marqueses, barones, caballeros, escuderos y pages.

El apóstrofe sublime cuanto oportuno del trovador Kent, habia predispuesto grandemente á la compasion.

Solo el rey estaba endurecido á vista de aquel espectáculo terrible.

Todos guardaban un profundo silencio, y las lágrimas de justa compasion surcaban los rostros de aquellos valientes, amaestrados en los lances terribles de la guerra.

¿Y cómo no contristarse el ánimo mas esforzado al considerar la humilde y crítica situacion de seis hombres honrados y valientes tambien, que por un noble sentimiento de amor y caridad evangélica hácia su pueblo, hacian el sacrificio mas heroico de su dignidad y de sus propias vidas, poniéndolas ellos mismos voluntariamente en tan grande aprieto?

La voz del irritado y cruel monarca sacó á todos los circunstantes de su estupor, helando á un tiempo todos los corazones.

La venganza era el móvil de Eduardo III, en el cual sin duda obraba entonces la sangre de su adúltera madre, la manceba de Mortimer, la reina regente Isabel de Francia; y al fin su hijo exclamó entrando en la tienda:

SEGUNDA SERIE.—1862.

—¡Hola, capitán de mis guardias! haced que les corten la cabeza á esos miserables.

Todos aquellos caballeros é ilustres guerreros de la corte, tuvieron aun bastante resolucion para implorar gracia en favor de los de Calais.

Estos en ademan suplicante y con las manos cruzadas y los ojos mirando al cielo, oyeron sin embargo sin inmutarse aquella terrible orden.

Un momento despues y á imitacion de Eustaquio de Saint-Pierre, se alzaron los condenados, y aquel entonó en voz alta el salmo de difuntos:

### *De profundis clamavi*

Canto que todos repitieron, las víctimas y los espectadores, como inspirados por una fuerza superior.

En aquel punto el trovador Bertrand de Kent, penetró decididamente en la tienda, á tiempo que salia de ella el capitán de los guardias de Eduardo, y prosternando una rodilla en tierra y tomando su laud, con entera voz exclamó:

—Puesto que tu trovador ha perdido ya la magia de su acento, señor, puesto que los ecos de su laud no vibran ya como antes en el corazon magnánimo y generoso del rey de Inglaterra; que no vuelvan mis manos á herir sus cuerdas, ya que no pueden impedir una accion cruel.

Y dichas estas audaces palabras, tronchó en sus rodillas el dulcísimo instrumento, y lo arrojó fuera de la tienda hecho mil pedazos.

Luego se quitó su gorra y la puso á los pies del sorprendido monarca, y sacando de su escarcela un pergamino del que pendian unos sellos con cordones de seda, dijo:

—He ahí mi título y mis insignias de trovador; yo os las devuelvo, poderoso Plantagenet, rey de Inglaterra y Escocia, sin mancha y sin violencia, pero con dolor en el corazon y llanto en los ojos.

Tomad, por último, la dorada espuela y la espada con que me armásteis caballero, *gentil* Eduardo, porque siéndolo por mis abuelos, me voy á lejanas tierras á reconquistarlos con la fuerza de mi brazo y la hidalguía de mis acciones. Seré el soldado, el escudero, no mas el trovador.

Dijo, acompañando la accion á sus palabras, y dejando aquellos trofeos junto á los objetos anteriores.

El rey estaba sorprendido de tanta osadía, y los circunstantes aterrados.

—Ahora, continuó Bertrand en la misma postura, con ademan sencillo y grave entonacion, señor, dignaos concederme el honor de besar vuestra real mano y la de vuestra augusta esposa, en recuerdo de la amistad con que hasta hoy me habeis honrado, y en premio á mis escasos servicios.

Y diciendo así, cogió de la manera mas respetuosa posible la mano que el rey le abandonó maquinalmente, y despues la de la reina, imprimió en ellas un beso, y levantándose con marcial continente, salió de la tienda sin dignarse siquiera volver la vista atrás.

Ya en el umbral pronunció estas palabras.

### *Beati qui moriuntur in Domino.*

—¡Ira de Dios! gritó el rey con voz de trueno. ¿Quieres tú tambien que haga contigo otro escarmiento por insolente

AÑO XX. 14.





á la señoría, á la alteza del monarca de Inglaterra? ¡Trovador Bertrand de Kent, yo te prohibo que te marches! ¿Lo oyes? te lo prohibo.

—Príncipe, dispon de mi vida, no de mi libertad, que no soy delincuente. Me voy, porque soy inútil á tu lado, y no podré cantar ya con el rey profeta:

*Justum adjutorium meum á Domino, qui salvos fecit rectos corde (1).*

Dijo, volviéndose á mirar al príncipe, el altivo Kent.

Y de nuevo emprendió su marcha, cual si no hubiese oído la orden anterior.

Es que conocía perfectamente el carácter de Eduardo.

Es mas, era el único que lo conocía.

Por esto esperaba que descargando su momentáneo furor contra él mismo, se enervase contra los de Calais.

La reina temblaba como una azogada y se deshacía en lágrimas, única protesta elocuente que se atrevía á llevar ante su régio consorte.

Entonces el buen caballero Gautiero de Mauny, adelantándose con grave continente, y puesta la mano derecha sobre la cruz de su espada y la izquierda sobre la visera de su yelmo, y haciendo una profunda reverencia:

—Señor, le dijo al rey con acento conmovido, contened vuestra cólera, y ya que tan justa nombradía habeis alcanzado por vuestro noble ardimiento y la nobleza de vuestras acciones; no queráis ahora por un indigno sentimiento de venganza amenguar vuestro crédito y empañar vuestra limpia fama de caballero cumplido y generoso con *mancha de villanta*.

—¡Señor de Mauny, callad! interrumpió Eduardo; los reyes de la tierra no tenemos quien nos reprenda en ella.

—Príncipe, es verdad, pero lo teneis en el cielo; y allí Dios que es rey de reyes, os pedirá cuenta de la sangre inocente vertida, y os medirá con la medida de vuestra justicia ó de vuestra misericordia el día horrible, el día de la ira! replicó enérgicamente el caballero.

—¡Gautiero de Mauny, callad! repitió Eduardo III, iracundo y con un estridor de dientes que revelaba su saña. ¡Por San Jorge, lo he mandado y se cumplirá! ¡Que vengan á cortar estas cabezas! ¡Pronto, Sidney, mi capitán de guardias! ¡Estos villanos de Calais han hecho morir al filo de sus espadas á tantos vasallos de Inglaterra, que justo es que paguen con sus vidas por todos los demás! ¡No hay clemencia, no hay gracia para ellos!

El capitán Sidney se presentó de nuevo é inclinó su rodilla ante el rey.

Ya todo el mundo miraba como segura é inmediata la muerte de aquellos seis hombres, que no hallaban gracia en el duro corazón de Eduardo Plantagenet.

Un solo recurso había que tentar. Un rayo de esperanza brilló en aquellos oprimidos corazones al oír una voz delicada, que cayó sobre todos ellos como un bálsamo consolador.

Era la de la reina, que anegada en llanto, como desde

el principio de aquella horrible escena, y con ademan suplicante, se arrojó á los pies del rey abrazando sus rodillas, diciendo con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Ah, mi noble esposo y señor! Bien sabeis que desde que atravesé los mares para compartir con vos el régio talamo, ninguna merced os he demandado jamás.

Pues bien, por el amor que os profeso y por el que profesais como cristiano al divino Hijo de María, aquí de rodillas como la mas humilde sierva, que no como vuestra esposa, y por el hijo vuestro que llevo en mis entrañas, os pido la vida de esos seis desgraciados.

El rey quedó un momento perplejo.

Era aquel un recurso inesperado en favor de los infelices de Calais.

A poco, compadeciéndose Eduardo del estado de amargo dolor en que vió á su noble esposa, haciendo un vivo esfuerzo para dominar su cólera:

—¡Ah, senora, exclamó, ayudándola á alzar del suelo, yo habría preferido que en estos momentos os hubiéseis hallado bien lejos del campamento real! mas de tal suerte me suplicais, que por mucho que me cueste, no oso rehusar vuestra generosa demanda; que tanto puede una muger hermosa y amada que llora y suplica en los corazones de los valientes guerreros.

Puesto que lo deseais, ahí los teneis, haced lo que gustéis: y estampó en la mano de la reina un beso lleno de amor.

—¡Gracias, gracias, señor! dijo alborozada aquella.

A una señal suya alzáronse sus protegidos, cayeron de sus cuellos los dogales, y á los gritos de «¡Gloria á la magnánima reina de Inglaterra! ¡Honor al invicto Eduardo III!» repetidos por todos los circunstantes, entraron en la régia cámara por indicación de la reina, donde despues de proporcionarles vestidos, les hizo suministrar alimentos.

—¡Ahora te reconozco, Eduardo; ahora te admiro y te respeto mas; que nunca es mas grande el hombre que cuando perdona venciéndose á sí mismo! dijo una voz sonora pronunciando esas palabras en el umbral de la tienda. También yo merezco tu perdón por la dureza con que te he hablado y lo vengo á implorar de hinojos, continuó el que así decía, doblando su rodilla.

—Y yo te lo otorgo con mi amistad mas ardiente aun, atrevido Bertrand; repuso el rey, dándole á besar su mano y alzando al trovador cariñosamente.

—¡Tomad también la mía, dijo la reina al ver que Kent se prosternaba ante ella, y con este anillo el testimonio de mi admiración y de la amistad de vuestra reina, la esposa del invicto Eduardo III!

Bertrand llevó también á sus labios la sortija.

Repuestos unos instantes los de Calais y ébrios de alegría, besaron las manos y los pies de la magnánima intercesora, la cual dió por escolta á cada uno de ellos seis nobles que los acompañaron fuera de los reales, hasta ponerlos completamente en salvo.

Al verlos partirse tan gozosos, el trovador les salió al encuentro, ya reconquistada su gorra y con su espada cenida, y abrazándoles uno á uno les dijo:

—No olvidéis nunca que teneis un amigo en el trovador Bertrand, y ahora cantad con el santo David.

«Oyó el Señor y se apiadó de mí; el Señor se hizo mi ayudador.

(1) Justo es mi auxilio que viene del Señor, el cual salva á los rectos de corazón. (V. 11. Ps. VII.)



«Me mudaste mi llanto en gozo: rasgaste mi saco y me rodeaste todo de alegría.» (1)

Desde allí se fueron los de Calais á dar la fausta nueva de su perdón á sus compañeros, hasta entonces de desgracia, y después todos, según la historia cuenta, se establecieron en varios pueblos de la Picardía.

JOAQUIN SANCHEZ DE FUENTES.

## LONGEVIDAD DE LOS PINTORES CÉLEBRES.

La mayor parte de los más célebres pintores han tenido una larga y gloriosa, cual si Dios, de quien proviene toda inspiración, y es el supremo artista que con una sola palabra *hágase*, dá ser y movimiento á toda la creación, hubiese querido prolongar más la vida de estos puntales que con su genio han embellecido el mundo.

EL TICIANO murió de 96 años.

SPINELLO llegó casi á los 100.

CARLO SIGNANI fué arrebatado á las artes á los 91 de su edad.

MIGUEL ANGEL murió de 90 años.

LEONARDO DE VINCI espiró á los 85 años.

EL CALABRESSI cumplió los 86 años.

CLAUDIO DE LORENA vivió 82 años.

CARLO MARRETI 88 años.

EL GUIDO RENI pintaba aun á los 68 años de su edad.

EL GUERCINO murió de 76 años.

JUAN BAUTISTA CRESPI de igual edad.

GIUSEPPE CRESPI murió de 82 años.

CARLO DOLCE vivió 70 años.

ANDRES SACCHI 74 años.

ZUCCHEVELLI murió á los 86 años.

VERNET á los 77 años.

GOYA á los 70:—y desde esta edad algunos más, entre otros nuestro LOPEZ.

El decano de los años que vivió en el mundo fué SPINELLO, que murió á los 99 y meses, empero todos ellos vivían mientras duren las artes y la civilización en el mundo.

## RUINAS Y CEMENTERIO DE FLALMANALCO.

Estas ruinas estaban olvidadas para los mismos viajeros mejicanos hasta que un francés, miembro de una comisión científica, las dió á conocer. Esplotando el valle de Méjico sir Julio la Verbería las descubrió, y las describió en su interesante memoria sobre Popocatepetl.

Muy pocas son las personas que hayan oído hablar de Flalmanalco, pequeña ciudad del imperio de Motezuma. Sin embargo, era una población floreciente en el tiempo de la conquista, y Torquemada piensa que Sandoval, uno de los más bizarros compañeros de Hernán Cortés, había establecido

en ella el centro de las operaciones. El fiel historiador de estas guerras, Solís, nos dice que el conquistador se la dió en toda soberanía á un cacique mejicano llamado Omacatl y que este valeroso indio, muy pronto se reconoció feudatario del emperador Carlos V. Eso explica como los frailes de San Francisco fueron los primeros á establecer un convento de su orden en aquella antigua ciudad consagrada al sanguinario celo de Huizilopuchtli.

Flalmanalco está situado en la pendiente de Sierra Nevada, á diez kilómetros de Chala, en el mismo departamento de Méjico. Hoy no es más que una población cabeza de un distrito bastante extenso. Su clima es el de los más sanos, y de un fresco agradable su temperatura. Se ven las ruinas que representa la lámina sobre una ladera no lejos de una fábrica de hilados de algodón dirigida por los señores Martínez del Río. Flalmanalco no tiene más que una iglesia de una insignificante arquitectura, pero en cambio se admiran aun los vestigios del convento de franciscanos, que jamás, dicen, llegó á concluirse. No es tampoco cierto que las elegantes arcadas que tienen á la vista nuestros lectores hubiesen nunca formado parte de él. Son de ocho metros de altura, y separadas por macizos cubiertos de arabescos de una maravillosa ejecución. La piedra que ha servido para la construcción del edificio es de un hermoso tono, un poco oscuro sin embargo. El todo tiene un aspecto casi metálico, que parece haber sido fundido en un molde, y retocado después por el cincel.

Algunos arqueólogos solían ver en estas ruinas los restos de un elegante patio. No es muy lejana la idea de que hayan podido formar parte de un edificio religioso. Los modestos sepulcros que la vista descubre entre aquellos restos del siglo diez y seis probarían mejor en nuestra opinión que fuese un claustro sin concluir adornándose como sucedería en aquella época con todas las galas de la arquitectura morisca. Hoy es un cementerio.

Para explicar la rara perfección de estas construcciones sin acabar, es preciso recordar una circunstancia muy poco conocida. Desde los primeros tiempos de la conquista, un célebre monge del siglo XVI, Pedro de Gante, (el propio hermano de Carlos V, dicen) había sabido educar á los mejicanos en la práctica de la industria; rehusó todas las dignidades eclesiásticas, y tuvo á gran honor el ser el primer maestro de un nuevo arte de aquellos pobres indios que esclavizaban, sin darles nada en cambio de los originales monumentos que se destruían por todas partes. A fuerza de repetidos ensayos llegó Méjico á contar un ejército de obreros experimentados, y tuvo también al mismo tiempo una falange de hábiles músicos que rivalizaron con los de Europa.

Gracias á los esfuerzos y á la paciencia del anciano monge, que hablaba admirablemente la lengua de sus discípulos, resonaron las bóvedas de los nuevos monasterios con religiosos himnos, y donde en otro tiempo con bárbaros cánticos se celebraba el culto de Teztlatipuca se pudieron oír las armonías de Barberini, y de Orlando Laso.

Por la sola práctica de las cosas, Pedro de Gante había hecho una verdadera revolución en los pueblos conquistados, y su nombre está, sin embargo, olvidado hoy, en tanto que el del terrible Sandoval no perecerá jamás!...

El conjunto de todos estos monumentos funerales merece más bien el nombre de cementerio de los conquistadores que el de cementerio mejicano. Es un lugar de descanso

(1) Salmo XXIX, v. 12 y 13.



donde yacen reunidos sin duda los vencedores y los vencidos; pero todos estos sepulcros están decorados por el arte español, y no conservan el menor vestigio del arte, tal cual lo practicaban los antiguos aztecas.

Hacia los primeros tiempos de la conquista se enterraba en las iglesias como en España. Hernán Cortés que murió en Castilleja, provincia de Sevilla, el 20 de diciembre de

1547, mandó que sus restos fuesen trasladados á Méjico, para ser enterrados en la iglesia del gran convento de San Francisco.

Esta costumbre de enterrar las personas ricas bajo las losas de ciertas capillas, ha durado hasta principios de este siglo. Ya un decreto de 3 de abril de 1787, había mandado la construcción de cementerios generales, pero halló gran



Ruinas y cementerio de Flamanalco.

oposición en algunas comunidades religiosas, y apenas se cumplió. Para destruir para siempre este abuso que amenazaba perpétuamente á la ciudad de una epidemia, ha sido preciso nada menos que una ley formal de la república de Méjico dada el 7 de febrero de 1849 y que definitivamente ha cerrado los enterramientos llamados *panteones* en las parroquias y en los conventos.

Solamente se han dejado subsistir seis panteones en Mé-

jico; los de San Hernando, Campo Florido, San Diego, San Antonio de las Huertas, Santa Paula y los Angeles.

El primero de estos edificios encierra un monumento que por la belleza de sus esculturas no estaría mal en las mas espléndidas iglesias de España y de Italia. Fué levantado en 1848 á una joven muerta en el mismo día en que debía de haber contraído su matrimonio.



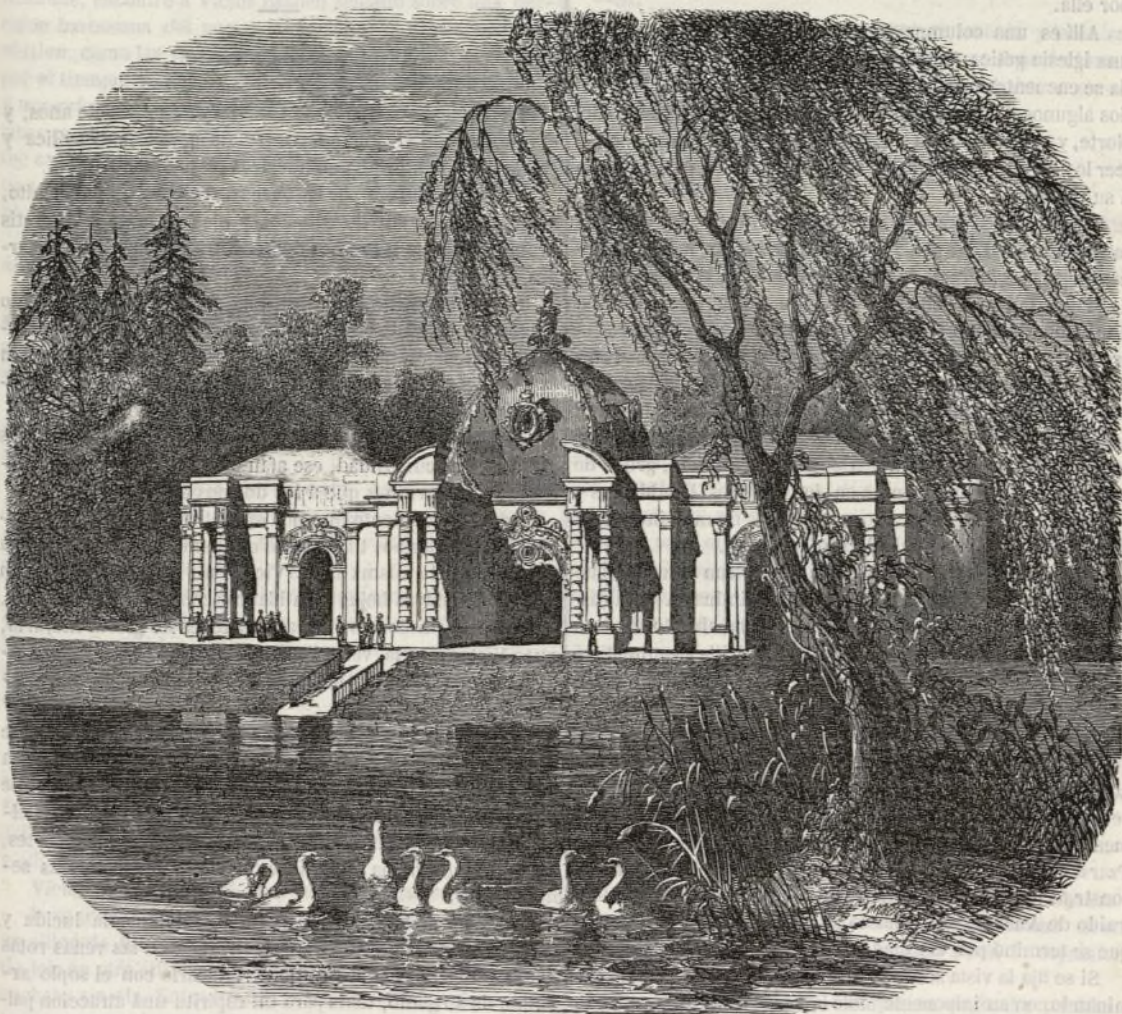
## RESIDENCIA IMPERIAL DE TZARSKOC-SELO.

La residencia imperial de Tzarskoc-selo (aldea del Tzar) está situada á veinte y dos verstas de San Petersburgo, sobre una eminencia poco elevada que domina la vasta llanura de aluvion, formada por el Neva: un ferro-carril la pone en comunicacion con la capital.

La ciudad, porque ya no puede dársele el nombre de al-

dea, es como todas las ciudades nuevas de Rusia, grande y bien colocada, con elegantes casas de campo adornadas de flores durante el verano que guarnecen sus calles anchas y bien alineadas. La iglesia principal con sus cinco cúpulas doradas, colocada en medio de una plaza plantada de tilos, anuncia desde lejos la importancia de esta ciudad que debe toda su animacion á las frecuentes jornadas de la corte imperial.

Catalina II habia hecho de este sitio imperial su mansion favorita. Entonces era el reinado de los festones y de



Kiosko de la residencia imperial de Tzarskoc-selo.

los astragales de esa arquitectura de un gusto tan particular, á la que Luis XV y madama Pompadour han dejado su nombre, y á la que sin embargo no se puede negar una cierta gracia é invencion en los detalles. El palacio de Tzarskoc-selo, debido al arquitecto Forster, es tal vez la expresion mas completa de la arquitectura de aquella época. La fachada vas'ª y de bellas proporciones está rodeada de un hemicíclio, encerrando inmensas dependencias. Numerosos alojamientos forman un patio de honor, proporcionado al

esplendor del palacio. La decoracion exterior es rica y de movimiento. La ornamentacion que en otro tiempo por exceso de lujo era enteramente dorada, se ha cubierto de una capa de bronce en el reinado de Nicolás I. Tal vez el aspecto general del monumento, tenia mas originalidad entonces cuando bajo aquel dulce cielo del Norte, atraia desde lejos las miradas sobre sus blancos muros tachonados de pajitas de oro y que coronaba un techo pintado de verde claro y de tono brillante.



El interior del palacio demuestra igualmente la riqueza de los soberanos de Rusia y sería muy largo el mencionar todas las obras de arte que encierra, que son muchísimas. El parque cubierto de hermosas sombras, rodeado de verdes praderas, de árboles de variadas esencias, regado por numerosos canales, serpenteando en arroyuelos ó ensanchándose en lagos, está plantado sobre un terreno un poco quebrado que contrasta con la vista de las lisas llanuras de los alrededores de San Petersburgo. Sus torcidas alamedas mantenidas incesantemente con una minuciosa limpieza, proporciona á cada momento una sorpresa á los que pasan por ella.

Allí es una columna monumental, aquí las ruinas de una iglesia gótica; mas lejos un teatro, al volver una alameda se encuentra un obelisco, al pie del cual están enterrados algunos de los perros favoritos de la Semíramis del Norte, y sobre la piedra funeral de uno de ellos, se pueden leer los bonitos versos que el conde de Segur ha consagrado á su memoria.

Citemos también el arsenal, fundado por el emperador Nicolás I, á cuyo lado se quedarían muy pequeñas la Armería real de Madrid y la sala de armaduras de Malta, tantas y tan ricas son las armas que encierra. Ya hemos hablado en uno de nuestros números del Museo de él, y hemos dado la lámina del hospital de inválidos, de los caballos que habían sido montados por los soberanos de Rusia. Necesitaríamos describir también el palacio edificado por la emperatriz, madre del emperador Alejandro II, la aldea china, *Kstaiskaya-Dereuna*, grupo de casas cuya vista hace pensar en los templos bouddhicos y que sirven de residencia á los personajes de mas importancia de la corte: y el edificio del almirantazgo.

Pero debemos limitarnos aquí á hablar con algunos detalles del kiosko, representado en nuestra lámina. A poca distancia del palacio, en el fondo del valle, se ha abierto un vasto lago, sobre la cristalina agua una escuadrilla en miniatura sirve para iniciar en el rudo oficio de la marina á los niños hijos del emperador: á la orilla se ve un edificio sombrío en la apariencia, es el almirantazgo. Allí bajo calas cubiertas están colocados en fila todos los géneros de embarcaciones conocidas desde la piragua de las Malayas hasta la góndola veneciana. Mas lejos se ve un encantador y pequeño monumento construido por Mr. Monigeti, arquitecto actual de Tzarskoc-selo. Es un bano turco que refleja su delicada construcción en las aguas puras del lago. El interior ha sido traído de Andrinópolis, cuando la guerra feliz para la Rusia que se terminó por el tratado firmado en aquella ciudad.

Si se fija la vista sobre la otra orilla, se ve el palacio dominando con su imponente mole la verde cintura que lo rodea, y abajo al final de una larga alameda de sicomoros y de pinos, cercada de la orilla, un elegante y lindo kiosko, oponiendo sobre el verde oscuro de la vegetación su rubio perfil. Aquel kiosko, es uno de esos monumentos que se encuentran en todos los jardines ingleses; no tiene ningún destino, pero puede considerarse como el tipo completo de cuanto el último siglo ha dejado de mas fino y bien acabado en los detalles en arquitectura.

El parque y los jardines de *Tzarskoc-selo*, se reúnen sin interrupción con los de Pauloski, residencia del gran duque Constantino. Allí el terreno es todavía mas quebrado; la vegetación tal vez mas poderosa, las aguas son mas abundantes

y cuando arrastrado en un ligero drajski, se recorren estos dos frescos oasis, en un hermoso día de verano, es imposible figurarse uno que se halla en el límite del grado sesenta de latitud.

## VICTOR BASBEN.

PAGINAS DE LA VIDA INTIMA,

POR DON BENITO VICETTO.

### I.—SU UNICO AMOR.

La primera vez que lo ví tendria yo diez y siete años, y me impresionó vivamente por su fisonomía melancólica y por la vida que llevaba en nuestras montañas.

Victor Basben era por entonces de veinte y dos años, alto, flexible y gallardo; de cabellos y ojos negros, y de cutis bronceado como las nubes del Tambre en las brumosas tardes del otoño.

Tan hondamente me impresionó, que aun parece que lo tengo ante mi vista con su sombrero de paja fina, su corbata de seda negra, cuyas puntas tendía hacia los hombros con la *nonchalance* de lord Byron, y su gaban oscuro abrochado hasta el cuello, que era de terciopelo negro.

Atravesaba las montañas de la Tieira, solo, y sin mas guía que esa curiosidad, ese afán de descubrir nuevos paisajes y viejas ruinas que á los dos nos alentaba.

Desde el momento que nos encontramos nos hemos querido como si ambos tuviéramos el mismo espíritu, la misma inteligencia, la misma alma. Victor me desdobló el album de su vida, cuyas hojas eran blancas como las de la azucena, é infiltró en mi corazón sus aspiraciones de gloria literaria, pues Victor queria ver toda Galicia, para cantar su historia, ignorada entre los nebulosos pliegues de sus desfileros.

Mas tarde lo volví á ver entre los escombros de la torre de Mesía, entre los de la torre de Pambre, entre los de la torre de Altamira, al pie del castillo de Monforte, del de Monterey, del de Aldapena, del de Alemparte, del de Celme, del de Villalba, del de la Fronseira; en todas partes, en fin, donde habia ruinas de pueblos y de fortalezas senoriales.

Aquella existencia jóven, aquella inteligencia lucida y vigorosa que se encaraba, por decirlo así, en las venas rotas del pasado, como si pretendiera vivificarlo con el soplo ardiente de su genio, tenia para mi espíritu una atracción palpante é indeclinable.

Yo empezaba á leer por entonces á Shakespeare, Schiller, Walter Scot, Fenimore Cooper y Chateaubriand, despues de haber devorado con la rapidez del pensamiento que esprime la savia del talento, á todas las eminencias nacionales que pude haber á las manos, y sin embargo, el espíritu literario que extraía de aquellos libros no me conmovía tanto como aquel espíritu-hombre, Victor Basben.

De Victor Basben me interesaba todo; sus sonrisas lánguidas, sus miradas tristes, las dulces notas de su voz sobre los escombros en que le veía tomando datos.

Si á Victor Basben lo hubiera visto en los paseos públi-



cos, en los teatros, en los salones, entre los ecos vibrantes de las músicas, entre celages de colores y entre las emanaciones de la esencia de rosa, tal vez nunca me hubiera interesado, porque entre las magnificencias fantásticas de la vida real desaparece la verdadera poesía del sentimiento, pues solo domina la poesía de la imaginación.

Pero tal como lo veía siempre, solitario sobre las ruinas, entre las armonías de la naturaleza inmodificada; allí estaba para mí el poeta calaico en su mas deslumbrante condición de ser.

Una tarde —en 1845— visitando el gigante torreón de Andrade, encontré á Victor Basben sentado sobre una deruida barbacana del portón señorial. Nos abrazamos con efusión, como las dos mitades de un alma que, separadas por el tiempo, vuelven á unirse en un momento inesperado, y nos referimos mutuamente nuestras investigaciones históricas con esa reciprocidad pueril de la infancia. Entonces fué cuando me leyó su *Hiar-Treva*, una balada de nuestras montañas que no se parecía á nada de cuanto había leído.

Aquel trabajo deslumbró mi imaginación, pero se infiltró en mi alma profundamente.

Mas tarde —en 1853— volví á ver á Victor Basben en el Museo de pinturas de Madrid, absorto, embebido completamente delante del retrato de la duquesa de Orfox, esculpido en el lienzo por el pincel divino de Wan-Dick.

Cuando estreché su mano, su mano estaba fría; y para saludarme, separó los ojos con trabajo del retrato de la duquesa.

Le hablé, y apenas me contestó. Aquella abstracción espiritual me esplicó que Galicia había perdido su poeta, que otra pasión en fin, que la del país natal, llenaba completamente aquella alma.

Qué pasión era aquella, bien lo indicaba la fijeza psicológica de Victor. Victor estaba enamorado, y tal vez amaba sin correspondencia, uno de esos amores que solo él podía sentir, y que forman época en la vida de una organización superior.

Me lastimó aquella pasión de Victor, y la respeté.

Mas tarde —en 1858— atravesando la cordillera del Borelo para rectificar algunas notas topográficas respecto á mi *Ultimo Roade*, me sorprendió la noche entre Présaras y Villasantar. Entré en la casa de un cura para pasar la noche, y allí estaba Victor.

Victor era sobrino del cura de aquella parroquia.

Pero ¡cómo encontré á Victor! Victor estaba sentado en un sillón de baqueta, pálido, demacrado, moribundo; y su tío leía en otro sillón un pasaje de la Biblia; que Victor escuchaba sin oír. Entre los dos había un velador de castaño oscuro, negro por el tiempo, y sobre el velador un velón enorme, que tenía los objetos de una luz amarilla como el metal.

Aquella luz fría, triste, casi lúgubre, me impresionó hondamente.

Cuando Victor me vió, me tendió los brazos débilmente; quiso levantarse y no pudo.

El cura salió de la sala en aquel momento, y Victor y yo nos quedamos solos.

Entonces se inclinó un poco sobre mi hombro, y me dijo casi al oído:

—Me muero.

Yo me estremecí, porque aquella voz, aquella expresión, me estremeció intensamente.

—Los aires del país, las aguas.... tartamudeé yo, regenerarán tu organismo, Victor. ¿Por qué morir tan joven?

—Para mí no hay aires, ni aguas, ni alimentos renovadores, me dijo; para mi espíritu, solo había otro espíritu que lo vivificase; me abandonó, y... me muero.

—¿Alguna pasión, Victor, te condujo á este extremo?

—Sí. ¿Te acuerdas de la última vez que me viste? Yo estaba enteramente absorto en aquel retrato de la duquesa de Orfox, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues, era... era porque la mujer que amaba y la única mujer que amé en este mundo, porque yo no conocí ni madre ni hermana... era porque la mujer que amaba, se parecía estremadamente á aquel retrato.

—¿Y vivía en Madrid, Victor?

—Sí.

—¡Ah! entonces era...

Victor me puso una mano en la boca, como si mis labios al pronunciar el nombre de una de las bellezas mas des-envueltas de Madrid, ó la mancharan, ó le atormentaran el corazón.

—Mira, me dijo melancólicamente; yo, hasta que ví á esa mujer, no tenía mas pasión, bien lo sabes, que á nuestra querida Galicia. Desde niño, no me ocupaba de otra cosa que de recoger datos para escribir un día su historia, pero no su historia árida y seca, sino su historia dramática, fresca, siempre fresca como ella. Cuando llegué á Madrid por ver á Madrid, sus mugeres, distintas en tanto á las de nuestras montañas, conmovieron mi organización, y sentí como hombre para olvidar como poeta.

Hasta aquel momento, puedo decirte que mis condiciones de hombre no se revelaron en mí.

La sacudida fué terrible para mi espíritu; la transición mortal.

Veras porqué.

Yo, alma y cuerpo virgen, deseé, no un ser angelical, virgen tambien; deseé por el contrario, una belleza trabajada por hondas pasiones, que pudiera llegarme á amar á mí solo, y por mí mismo, para que siendo *ella mi primer amor*, yo fuera *el último amor de ella*.

Como he sentido ese deseo que te espantará, no lo puedo explicar jamás.

Pero un amor así, no lo habrás leído jamás en Shakespeare, ni Schiller, ni Walter Scott, ni en Lamartine, ni en todos esos y otros autores que han sido y son la expresión fisiológica del mundo.

Ese eslabonamiento de una pasión virginal y purísima con la última pasión de una mujer del gran mundo, era para mí lo mas encantador que pudiera sentir por mí mismo, al deslumbrarme las brillantes esteriores de la corte.

Y no te parezca monstruoso este deseo. Bajo el punto de vista social y religioso, no creo que se pueda concebir otro mas grande *que el de rehabilitar una mujer perdida en el fango de las pasiones*, que el de *arrancar*, en fin, del cenagal inmundado del vicio una belleza corrompida, regenerarle el alma, y utilizarla para la sociedad en que se arrastraba perdida.

Mi deseo tendía á hacer una buena esposa y una buena



madre, de quien ni había sido buena esposa, ni era tal vez buena madre.

Mi amor, en fin, se parecía á esas renovaciones de sávia que hace el arbutador, *ingertando* un árbol jóven en otro corrompido.

«¡Pero mi amor era una locura...!

¡Y yo me muero de amor!»

Victor pronunció estas palabras con un abatimiento tan doloroso que parecía que desgarraban el alma.

Y tanto mas, cuanto que se le estaba viendo morir.

¡Aquel era su único amor!

## II.—SU ÚLTIMA LAGRIMA.

Yo la ví, en fin, prosiguió, mi ideal, el ideal que abstraía mi mente desde que llegára á Madrid; lo ví, en fin, en los salones de la condesa de M... á donde me había presentado nuestro gran poeta P. D. ministro entonces de Fomento.

Como penetré en aquellos salones, no te sorprenderá, porque sabes que soy rico y tengo un nombre *pur sang*.

Mi ideal, pues, estaba allí; hermosa como la duquesa de Orfox, con esos ojos *humanamente divinizados* que puso Wan-Dick en el lienzo, y esas carnes, esa transparencia de cutis, en que se ve circular la sangre como un vapor de oro enrojecido por el fuego.

Mi ideal, era viuda del general R., y tenía dos amantes entonces; el duque de A... y el coronel P.

Sus antecedentes eran amargos; pero ¿no la quería yo así? Se había educado en las Salesas; la casaron á los veinte y dos años con el general R.; figuró mucho en los altos círculos: tuvo amores con ministros y senadores; con médicos y pretendientes jóvenes: la transparencia de su vida, diérra por resultado el divorcio: era, en fin, lo que yo anhelaba, y sobre ser esto, su belleza, por su belleza misma, arrebató mi alma.

Cuando la ví, creí lo mismo que creías tú, que la Providencia iba de acuerdo con mi deseo.

Para que mi creencia se robusteciera mas y mas, tan pronto me vió ella, preguntó al instante á uno de nuestros mas celebrados poetas quien era yo.

Este le contestó que yo también era poeta, pero *poeta inédito*; y ella empezó á conocerme desde aquella noche por el *poeta inédito*.

Pero ya me conocía, y esto era lo bastante.

Al otro día en el Prado me presenté con uno de mis mejores caballos, esperando verla para seguir su carretela.

Ella se presentó sola en carruaje descubierto, deslumbrando con su hermosura; tú la conoces... Todos los *dandys* no miraban mas que á ella, y se disputaban sus sonrisas y sus miradas.

Yo no sé en lo que consiste, mi querido amigo, *hace mas efecto* una belleza por el estilo, que la de una niña inocente y pudorosa.

Al esplicar esto los moralistas nos parece que van contra la naturaleza de las cosas, ¿no es verdad, querido mío?

Cuando nos vimos nos saludamos cariñosamente, como si nos hubiéramos conocido desde niños.

Aquella insistencia de los *dandys* en espiar sus sonrisas y sus miradas, me hacia daño; y desde aquella misma tar-

de, conocí el horroroso tormento de los celos, pues yo la quería solo para mí, para mí, como yo sería enteramente solo para ella.

Ella, y perdóname que no la designe sino por este nombre, pues no pueden mis labios proferir su nombre; ella conoció que me disgustaba que saludase tanto á los demás, porque mirándome intencionalmente al llevar yo una vez mi caballo muy cerca de su carretela, dijo al tronquis-la: *Por la puerta de Atocha*.

Yo le miré entonces con rubor y agradecimiento.

En efecto, et carruaje rodó hácia la puerta de Atocha, y yo le seguí de cerca.

Al llegar á la puerta de Atocha, tomó la ronda hácia la puerta de Alcalá; y yo entonces, que ya no había gentes que nos conociera, avancé con mi caballo hasta ir al lado del carruaje.

En aquellos momentos sentí la segunda sensacion de rubor.

Al verme casi cerca de ella, y sin testigos, al ver, en fin, que íbamos á hablarnos, me sentía víctima de esa oscilacion espiritual á que en el mundo material llaman los dinámicos fuerza centrífuga y fuerza centrípeta.

Sentía una fuerza misteriosa que me impelia hácia ella con frenesí, la fuerza de mi idealismo; y otra fuerza misteriosa también, que me impelia á alejarme de ella avergonzado; la fuerza de mi rubor, de la virginidad de mi alma.

Ella me sacó de aquella vacilacion, hablándome con dulzura y una franqueza encantadora:

—Monta vd. muy bien, Victor, me dijo.

Yo le agradecí aquella lisonja con una inclinacion de cabeza, pero me puse mas encarnado que la grana.

Me siguió hablando con la misma ternura y sencillez deliciosa, y yo seguí contestándola con el mismo rubor.

Anduvimos así mucho tiempo y llegamos á las ventas del Espíritu Santo.

Era ya la caída de la tarde.

—¿Sabe vd., Victor,—me dijo—que el paseo escitó mi apetito?

Yo miré en torno de mí por si había alguna fonda.

Una distinguí, pero no me pareció muy decente, porque hubiera querido un cielo para ella.

Ella mandó parar la carretela, y dijo que quería pasear á pie.

Nos apeamos, y la di el brazo.

—Como tiembla su brazo de vd., Victor,—me dijo.

En efecto, mi brazo temblaba con fuertes sacudidas.

Yo no le contesté nada, porque la emocion me dominaba, y sentí una ligera presion en él.

—Vamos á seguir por la orilla de ese río, Victor, volvió á decirme.

Y tiró hácia unas arboledas que crecían en una humilde encañada.

Yo apenas le contestaba. Estaba lo mas torpe del mundo. Pásmate, querido mío; esta misma cortedad escitaba mas y mas su encanto. Veía mi alma de niño en el subido carmin de mi semblante y esto era delicioso para ella.

Cuando nos retiramos y entramos en el carruaje me dijo estas palabras admirables:

—Victor, ha sido vd. muy feliz, ¿no es verdad?